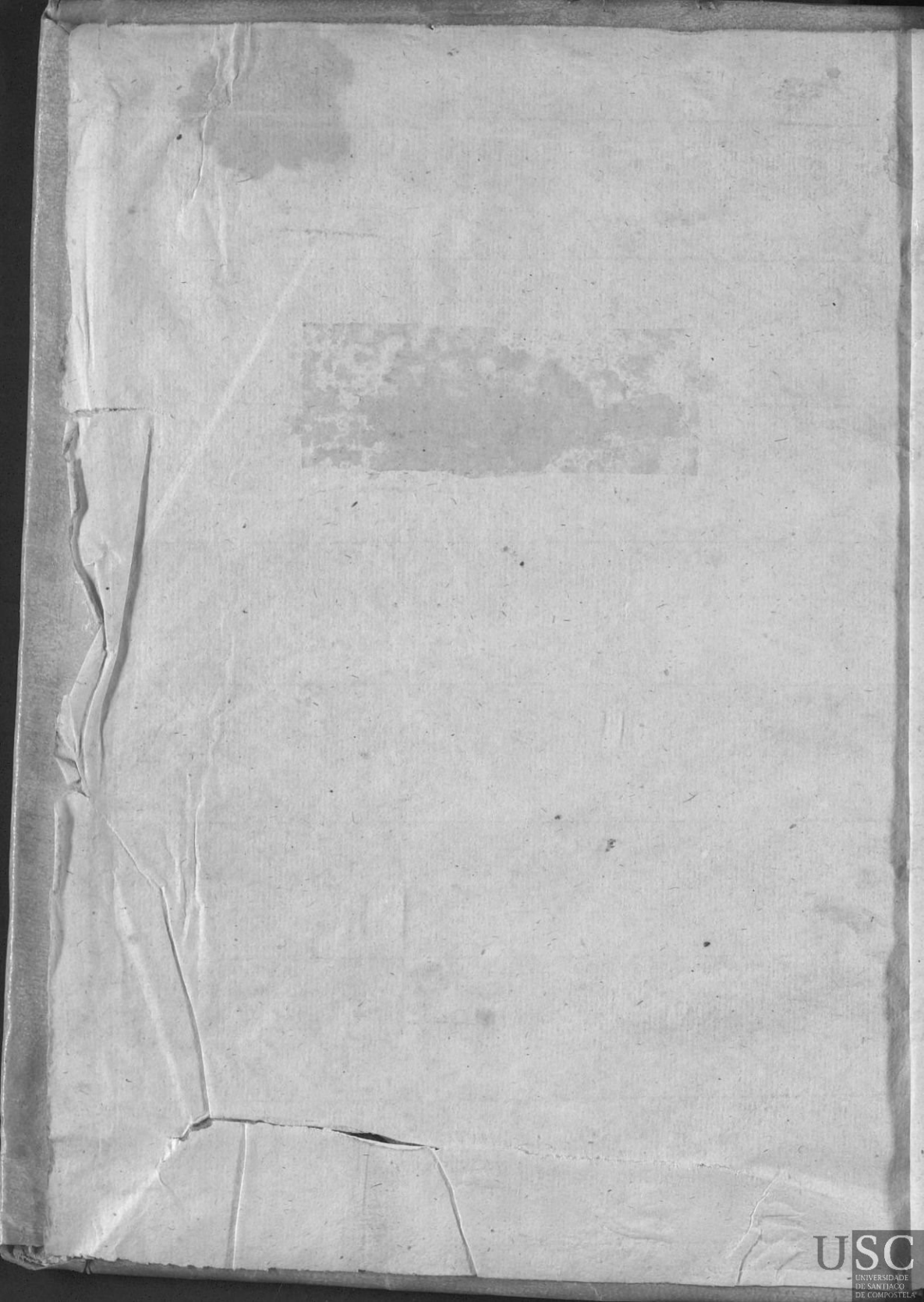


Folletos.

13.

RSE
Fall
XIII



RSE. Foll. XIII



DISPUTA

sobre la paz de España entre un Barbero y un Sacristan de un lugar, fallada por el tio Pedro el Labrador.

En el riñon de Castilla hay un pacifico pueblo, cuyo nombre no hace falta al interes de mi cuentô; ademas que si le nombro ya no tendrèmos misterio, ni tendràn que discurir los que aguzan el ingenio para descifrar enigmas que revuelven el cerebro.

Es pues el caso, señores, que en el no nombrado pueblo habia, como hay en todos, un Sacristan y un Barbero.

El Sacristan era un hombre, encojido y contrahecho, muy metido de barriga y sacado de tracero, que tocaba las campanas

con mucha sorna y sosiego cuando algun pobre moria; però si era rico, à vuelo.

Era el Barbero al revers, un mocito de estos tiempos, de los que tañen guitarra y dicen dos mil requiebros à las mozas lugareñas que llenan su ojo derecho.

Eran los dos muy amigos, aunque en opinion opuestos, el Sacristan muy realista, y liberal el Barbero.

Tambien habia en el lugar un Labrador, el tio Pedro, hombre de bien, que no entiende de palomos ni morenos, que mediaba en las disputas, del Sacristan y el Barbero,

y que gozaba en la villa
entre todos buen concepto.

Estando este buen anciano
en las eras discutiendo
con el Barbero, de cosas
que traen al mundo revuelto,
sobre si triunfa Maroto,
sobre si vence Espartero,
vieron que hacia ellos venia,
muy diligente un correo
con las ultimas noticias
sobre la paz de estos reinos.

El Barbero rebentando
de placer y de contento
gritó: *que viva la paz,*
y Maroto y Espartero,
que hacen feliz á la España
arreglándose á un convenio.

El Labrador admirado
preguntó ¿pues que hay de nuevo?
y entre los dos entablaron
la conversacion que os cuento.

Labrador.

¿Será posible Antolin,
(Antolin era el Barbero,)
que sea cierta la paz?
porque yo apenas lo creo.

Barbero.

Pues nó ha de ser ¿no habeis visto
la proclama de Espartero,
que brindaba á los carlistas
con un razonable arreglo
en nombre de nuestra REINA
que es un angelico tierno?

Y sin poder contener
Antolin su gran contento
gritó: *que viva la paz,*

y sacando su pañuelo
empezó á agitar al aire
gritando: paz, paz tenemos.

El Labrador por su parte
como hombre que era discreto
gritó tambien, *la paz viva!*
y tiró al aire el sombrero.

En esto el buen Sacristan
de repente apareciendo
mostraba bien en el rostro
y en su avinagrado gesto,
el disgusto que sufría
mirando aquellos extremos:
con las siguientes palabras
metió la cizafia entre ellos.

Sacristan.

Qué paz ni que calabaza,
¿usted lo cree tio Pedro?

Labrador.

¿Por qué no lo he de creer?

Sacristan.

Porque ese es un embeleco
con que nos quieren chupar
los cuartos, á los paletos.

Barbero.

No sabe lo que se dice,
¿el papel habla algo de eso?
es usted el diablo, Lesmes
para encizafiar al pueblo.
Hay paz, si señor, hay paz,
mal que pese á los perversos
que quieren sangrar la Patria
sin ser como yo barberos.

Espartero ha sido un héroe,
y Maroto poco menos.

Los que deponen las armas
se quedan con sus empleos
si son algo, y si no son
á trabajar á sus pueblos.
Las provincias como antes
se quedarán con sus fueros,
y en una balsa de aceite
unos y otros quedaremos,

Sacristan.

A si sera, mas lo dudo:
por mejor decir lo niego,
si no hay que creer las cosas
aunque las esté uno viendo.
Lo que usted debe de hacer
si algo estima mis consejos
tio Pedro, es hacer el hato
á Juan y Manuel sus nietos,
y mandarles con Villoldo
para que ganen el cielo,
matando á los judiazos
que les salgan al encuentro.

Barbero.

Eche usted á Villoldo un galgo
que ha entrado en Burgos tan fresco
y ha tenido un gran banquete
con lo principal del pueblo.

Sacristan.

Eso será otra mentira,
no lo crea usted tio Pedro.

Labrador.

Lo que yo creo amiguito
es que usted es algo lerdo
que merece veinte palos
ó una albarda por lo menos;
yo mandar sin mas ni mas

á la guerra á mis dos nietos
á que le pinchen las tripas,
ó les abrasen los cesos?
¿por qué no va usted delante
Sacristan de los infiernos?

Sacristan.

Yo le diré á usted por qué
porque son blandos mis huesos
y se me vá la cabeza
en viendo un arma de fuego.

Barbero.

Fuego del diablo en usted
¿pues por qué dá esos consejos?

Sacristan.

La razon yo me la sè,
pero á decirla no acierto.

Barbero.

No hay paciencia para oír
desatinos tan tremendos;
buena hora es ya de atizar
cuando está apagado el fuego.

Sacristan.

Y bien aunque hubiera paz
¿qué adelantamos con eso?
¿quien es el que queda encima?

Barbero.

Todos quedamos derechos.

Sacristan.

Menos yo que estoy torcido
y lo he de estar *in eternum*,
mirando siempre á la tierra
que ha de comerse este cuerpo.

Lo que yo digo y repito,
es que hay tan solo un remedio
para que ande esta máquina
con regular movimiento.

Barbero.

Si á los Sacristanes dieran
las riendas del ministerio
andarian bien las cosas,
acaso en vuestro concepto.

Sacristan.

¿por qué habian de andar mal?
Ministròs habia buenos
que ¡si fueran Sacristanes...

Labrador.

Basta, basta, ya os comprendo
Sacristan á tus campanas,
ya sabreis el refranejo.
Si hay paz, que viva la paz
yo por mi parte me alegro,
y me alegro por mis hijos
y me alegro por mis nietos.

Sacristan.

¿Con que usted se ha decidido
por lo que dice el Barbero?

Labrador.

Ya sabeis amigo Lesmes,
que siempre estoy por lo bueno;

guerra y peste seràn buenas
para soldados y medicos,
la paz para todo el mundo,
viva la paz y *laus deo*.
Con la paz crecen los trigos
y florecen los barbechos,
y las muchachas se casan
y se arreglan los aperos;
cesan las contribuciones
que destruyen á los pueblos,
no hay raciones, no hay bagages,
no hay insultos, no hay adeudos,
ni palos para el Alcalde,
ni extraordinarios impuestos
para armar los batallones,
que comen nuestro pán tierno,
á costa de los sudores
del labrador indefenso.

Aqui llegaba y dijera
mucho mas el tio Pedro,
sino viniera el Alcalde
regocijado y contento
á dar la fausta noticia
que referida tenemos,
y mandar al sacristan
que se marchára corriendo
á dar guerra á las campanas
tocándolas bien á vuelo,
para celebrar las fiestas
que han de darse en dicho pueblo
en obsequio de la paz
que es un dichoso suceso.

FIN.

Reimpreso en Sant.º por N. Espinosa.

